

BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL

10

ELDA (Alicante)

Biblioteca

dahellos



Moros y Cristianos

en

ELDA



ELDA ♦ ABRIL · MAYO 1951 ♦ N.º 10

Apoteosis



La mañana de Mayo está en desvelo.
 Elda finge una hirviente pandereta,
 porque un raro poeta,
 rapsoda audaz de un delirante cielo,
 enloqueció de viejas argentías
 y ha volcado en las calles su tesoro
 de fantasmagorías
 en lance altivo de Cristiano y Moro.

La val, enternecida,
 se esponja remozando su aguerrida
 juventud belicosa,
 y en la ciudad en fiebre jubilosa
 Zoraidas y Sobeyas
 y castellanas de altas epopeyas,
 redivivas en una deliciosa
 floración de armonía,
 parecen la encantada
 espuma de los siglos, irisada
 en sedas de auroral policromía.

Armas de plata en el azul en gozo
 bordan cruces y lunas fabulosas,
 y arcángeles de luz hinchén lejanos
 clarines de alborozo,
 anunciando a las rosas
 de todos los absortos meridianos
 nuevo alarde de Moros y Cristianos.

JUAN MADRONA

La piedra en la que vomitó el Señor

por ALBERTO NAVARRO

Casi la había olvidado.

En el encadenamiento de circunstancias que iban amojonando mi vida no había hallado su engarce, no había encontrado sitio por donde introducirse esta antigua tradición eldense.

Y había de ser una revista de fiestas, una de esas revistillas eldenses en las que se concentran, amontonados, desorientados y oscurecidos, los nombres de los que en el pensamiento local han pesado algo, la que arrancara de las ergástulas del olvido esta ingenua leyenda vernácula. Comenzaba así:

La vi adherida como una hiedra
era una grande, riscosa piedra,
algo bruniada, de gris color...

Todavía sigue adherida, «junto al sendero» y contempla sin ojos el pasar y repasar de los trajinantes, de los coches que van y vienen de la estación.

Si concediéramos vida a las cosas, si creyéramos que los cuerpos inmóviles pueden pensar, sentir, expresar... ¡qué coloquios no tendrían lugar entre la piedra el castillo y el río! Porque aquella piedra que hoy recibe la visita admirada de los niños, en perpetua y renovada peregrinación —sintiéndose un poco Piedra Negra de La Meca—, ha permanecido en su lugar muchos, muchísimos años. Y ha visto llegar gentes de rostros extraños, muchedumbres de vistosos atavíos y brillantes armas, ha estado durante largo tiempo sumida en la cañada de vegetación exuberante que era antes la depresión entre el Depósito y el Castillo; ha visto caer poco a poco las cañas, secarse los baladres, desaparecer los juncos, mustiados por el progresivo decrecimiento del caudal del río. Ha visto a éste reducirse poco a poco, ir a menos lentamente, en una agonía larga y triste, hasta quedar escondido en algunos hoyos de su anchísimo cauce. Contem-

pló como llegaban un día algunos obreros moriscos y arrancaban los arbustos, dejando claros en los cuales, poco a poco, iban brotando unos gigantes y rectos árboles de piedra que allá al final sostenían unos rícos arcaduces por los que cantaba el agua en su pasar alegre desde Santa Bárbara al majestuoso Alcázar de los Condes. Y ha visto nacer a éste, crecer bajo la mirada vigilante de la Reina ampurdonesa y concluirse con la presencia de la dulce Violante de Bar,

la de los áureos cendales

la de alegres cetrerías,

la de los garridos bailes...

¿Qué coloquios se entablarían entre las piedras desmoronadas del Alcázar, las aguas del río ahora

estéril, pútrido, feo, maloliente

y la piedra inmovible? Añorarían los primeros su pasada grandeza, su lejano poderío, en tristes lamentaciones de su presente torturado... Callaría la vieja piedra su amargura de haber sido siempre humilde, siempre escondida, envidiando ser alcázar que desafía a los aires o río poderoso que todo lo arrolla en su avenida. Y callaría también su gratitud por haber sido siempre igual, por no sentir la lacerante angustia del añorar lo que fué, porque para ella es y será lo mismo que fué.

* * *

...Fué ésta donde vomitó el Señor.

Era leyenda de los eldenses...

Sí, era y es leyenda de los eldenses que en aquella piedra del camino vomitó el Señor. ¿Qué fundamento tiene esta leyenda? Alejémonos de este desagradable tema. A las leyendas no les hace falta tener fundamento; mejor dicho, les sobra; pues si tienen base cierta, no son leyenda sino historia.

El origen de esta leyenda lo dá la contemplación de la misma piedra. En su superficie, diseminados, vense como innumerables granos de arroz petrificados: La imaginación popular, en siglos ya pasados, relacionó esta presencia maravillosa con las agonias de Nuestro Señor en el Calvario. Mantengamos la hermosa leyenda; sigamos mirando con devoción la piedra en que vomitó el Señor, conservándola como un monumento de nuestra tradición y nuestra fe.



Más sobre el Doctor Salgado

por EDUARDO GRAS

EN uno de los últimos números de DAHELLOS vió la luz un pequeño artículo o esbozo dedicado a la memoria de Don Andrés Salgado, médico que fué de Elda hace años.

Aquel trabajo no había sido redactado con pretensión biográfica alguna: para ello se requerían datos concretos de los que no disponíamos. Tan sólo nos guió el rendir un pequeño recuerdo a aquel personaje de la Elda de nuestra infancia.

Parece que, arrastrados por el afán novelesco, y queriendo poner el final de la existencia de aquel hombre a tono con su vida, cometimos una evidente inexactitud cuando afirmamos que «murió solo, más solo que nunca»... Este remate, repetimos, era un digno colofón a la vida atormentada del Doctor Salgado, y, abandonándonos un poco a la fantasía, incurrimos en la inexactitud que nos ha sido señalada.

Por amor a la verdad, por considerar que debemos esta rectificación a las personas que acompañaron a Salgado en sus últimos momentos, y aunque padezca con ello la estética novelesca del relato, publicamos esta rectificación con gusto.

No murió solo Salgado. Hasta su último suspiro estuvo acompañado por sus amigos y compañeros. Mientras duró su enfermedad fué solícitamente atendido y ayudado por ellos.

Cuando la enfermedad que le llevó al sepulcro se declaró (o agudizó tal vez), Salgado se resistió al principio a ser tratado; a instancias de un colega y amigo consintió, por fin, en ser trasladado al Hospital Municipal, donde — pese al trastorno de aquellos últimos meses de la guerra — fué recibido y bien cuidado.

Presintió y anunció la hora de su muerte. En sus últimos momentos, quizá ante la inminencia de la gran hora, estuvo hablando de su familia, cosa extraña en él, que siempre se mantuvo impenetrable sobre esta faceta de su vida.

Así, alentado por el cariño de los amigos que supo granjearse en Elda, entregó poco después su alma a Dios.

Queda cumplido nuestro deber de narradores veraces.

¡Eldenses al INFIERNO!



SEGUNDA PARTE

Segunda jornada

por EL DUENDE DEL MONASTIL

Se cortó este verídico relato cuando mi guía me iba a explicar quiénes eran aquellos seres que se revolaban en un mar pestilente y excrementicio. He aquí lo que me dijo:

—Estos tenían a su cargo la higiene del Parque de Deportes. En su recinto, y para el servicio de varios miles de energúmenos vociferantes y pataleantes, sólo se disponía de dos letrinas microscópicas, dos pocilgas con las puertas semiarrancadas, a dos metros de la línea de juego, que producía la muerte por asfixia a los que se acercaban. Temporada tras temporada se ofrecía a las hinchadas forasteras el más innoble aspecto de vuestra desidia y por eso quienes podían evitarlo y no lo hacían sufrían ahí su merecido castigo.

—Bien merecido lo tienen. Quedense ahí siglos y siglos, tantos como años de peste hicieron pasar a los espectadores.

Después vi a unas personas de digna condición apretujados, oprimidos y asfixiados por una patulea andrajosa de mendigos, tullidos y lisiados que con la purulencia apesosa de sus miserias inficionaban el ambiente.

—¿Qué es ésto? ¿Porqué se hallan esas dignas personas entre tal gentoza?

—No ha sido su falta para tanto castigo pero alguno había de llevar por la reiterada tontería de que hicieron alarde en sus programas de Moros y Cristianos, cuando decían: «Queda prohibida la mendicidad, etc». Demasiado sabían que de cualquier forma se volcarían sobre Elda todos los cojos, mancos, postulosos, ciegos, leproso, etc. de la Corte de los Milagros. Si se podía mantener la prohibición sobraban los pordioseros y si no podía mantenerse sobraba la tal prohibición.

—Para ser diablo no careces de lógica; pero confío en que no estarán mucho tiempo ahí ya que esa tontería tiene pronto remedio.

Aún no había acabado de hablar tuve que dar un salto acrobático para evitar ser atropellado por un artefacto que se estrelló contra una pared. Vi con horror que era un ciclista el estrellado y tenía una pierna partida y la cabeza separada. La bicicleta también estaba hecha ochos. Pero ante mi asombro vi que el ciclista se incorporaba, buscaba a tientas la cabeza, se la ponía en su sitio, se colocaba la pierna, le pegaba dos porrazos al biciclo, montaba de nuevo y... otra vez tuve que dar un salto para que el cecanitado no fuera yo. El enloquecido ciclista se perdió por unos vericutos de los que al poco salió un estuendo de choque y alaridos. Al andar un poco más tuvimos que esquivar otras bicicletas que se subían a las paredes y los techos con desprecio de las vidas de los diablos que allí «mantenían el orden», que se daban a todos los diablos por su mala suerte de guardar a aquellos maniáticos de la velocidad. En un ángulo, un muro gigante de bicicletas impedía el paso a los condenados que parecían tener obligación de pasar y tropezaban con ellas, enredándose y cayendo una y mil veces.

—Este es el castigo reservado a los que haciendo de las calles y aceras pistas de carreras ponían en peligro la integridad física y mental de los viandantes. Estos otros condenados a pasar por el muro ciclista sin lograrlo nunca son los que sometieron a tal tormento al transeúnte de la esquina del Baneo Popular, cuya transitudinaria acera obstruían y estorbaban con sus bicicletas.

—Bien están ahí, y rompanse los huesos mil veces.

Y proseguí por aquellas tenebrosas salas donde tantos coterráneos míos llevaban el justo castigo que su insensatez les había deparado.

DESFILE DE ENSUEÑO



POR

CAROLA GONZALVEZ

Luce la mañana hermosa
un broche de primavera
con destellos de arcoiris
prendido sobre la tierra.
Hay clarinadas de risas
y alborozo de trompetas,
jolgorio de clarinetes,
tañidos de panderetas,
feria de sedas y fresco
gozo de herraduras nuevas.

De una carroza, entre huries,
una media luna cuelga,
y a la grupa de un caballo,
ruborosa y retrechera,
una princesa gitana,
que se olvidó ser morena.

La gente va presurosa.
¡Ya están en la calle Nueva
los heraldos, anunciando
el comienzo de la fiesta!
¡Viene ya una abanderada!...
Pero antes, abriendo brecha,
llega un capitán bizarro,
dos luceros por espuelas.
Los arneses del caballo
jubilosos tintinean,
y entre inquietos pasodobles
de música revolera
las capas azul y grana

de los cruzados ondean.

Los enfaldados navarros
tras garbosas cantineras,
prontas las rectas espadas,
sus andares contonean.

Van los estudiantes locos,
metidos en sus gorgueras,
bien armados con cucharas
y al aire las copas negras.

Pasan los contrabandistas,
y de contrabando llevan
ramos de claveles rojos,
geranios y rosas frescas.

Un violín habla de amores:
cien panderos le contestan...
Es la altiva caravana
de los zingaros, dispersa
en orgía de colores
que las pupilas incendian.

Hay un tropel de miradas
hacia un pirata que llega.
El muñón horripilante
de su brazo de madera
va señalando el camino
hacia una ista desierta.
Cuatro fornidos mulatos
llevan el tesoro a cuestras.

Y vienen los africanos,
—puro, alfanje y barbas luengas—,
los negros, negros, blandiendo
pavorosas calaveras,
entre odaliscas gentiles,
que arrastran áureas chinelas,
con una hirviente cascada
de luces en las diademas,
que cabrillean gozosas
al compás de las zalomas.

Los esclavos del sultán
el trono moro rodean,
y al tam-tam de los timbales
las cimilarras flamean.

Es una visión de ensueño
la que el cortejo despliega,
haciendo vibrar los aires
de armonía y de belleza.

Arcoiris bullicioso,
que brinda en sus calles Elda,
poniéndole a la mañana
un broche de primavera.

AZORIN y ELDA EN DEUDA



por ALBERTO NAVARRO

REPETIDAS veces hemos leído en revistas y periódicos locales, y en programas de Fiestas incluso, una petición cuyo cumplimiento no hemos visto. Mas bien podría decirse que su desestimación se debe más a falta de acción intensa que a resistencia por parte de quienes pudieran hacerla realidad. Se ha pedido que la ciudad de Elda cristalice el sentimiento de gratitud que debe a Azorín, nuestro preclaro coterráneo, con el modesto homenaje de la dedicación de una calle, la colocación de su busto en alguno de nuestros jardines, o en otra forma en la que quede patente la admiración que el ilustre monovero merece a nuestra ciudad.

Porque Elda debe a Azorín su homenaje, por haberse dedicado a describirla, a extraer de ella los matices casi imperceptibles de luz y color, a valorar su paisaje virgen, sus costumbres, su laboriosidad, en un haz de páginas bellísimas que son una ofrenda de amor a Elda. Elda se halla en deuda con Azorín. Más pronto o más tarde esta deuda será cumplida.

Pero... Azorín también tiene cuentas pendientes con Elda, pues, si es cierto el dicho de que lo prometido es deuda, Azorín contrajo un débito con nuestra ciudad. Al escribir en «La Peña del Cid» (1): «Pienso escribir un libro sobre el valle de Elda; me obsesiona ya el asunto; no puedo dejar de pensar en él...» el escritor hipotecó su pluma en favor de nuestro magnífico valle. Y estoy seguro de que éste, con la alta mole del Cid que lo domina, con los otros montes que le sirven de horizonte, (Bolón, Kamara, Torreta, Sierra del Caballo, Chaparrales, Bateig...), con el misérrimo Vinalapó que arrastra melancólico su escaso caudal, y con su vega frondosa y espléndida; todo el valle unido en un sólo anhelo, envía auras que atisben en los rutilantes escaparates de la ciudad y le avisen si ha aparecido ya «su libro», el que abrirá un cauce de sensaciones nuevas en sus contempladores, el que lo dignificará literariamente y mostrará al mundo su valor plástico, su amorosa cuenca rezumante de luminosidades suaves.

Elda y Azorín están en deuda mutua. Páguense una y otra, pues si la gloria literaria de Azorín y su devoción por nuestro paisaje merece el homenaje de Elda, el Valle bien merece el libro que el eximio estilista le tiene prometido.

(1) «Memorias Inmemoriales» Cap. LV. pag. 198. M. 1946

LOS MAYOS

Gracia y hechizo de
una vieja costumbre

PARA MI PRIMO ALFONSO MORCILLO GARCÍA

A vosotros, los jóvenes, os contaré hoy a la moderna una vieja y poética costumbre, ya casi perdida entre celajes de un desvaído rosicler, pero que todavía pudimos ver, y la evocamos con dulce melancolía, los que ahora llevamos en nuestros aladares la plata en fibras de los años.

En los pueblos españoles de ambiente agrícola, como ha sido siempre Elda con anterioridad a nuestro siglo, era costumbre que el día de Santa Bárbara, 4 de Diciembre, las mocitas de cada casa cogieran un lebrillo u otro recipiente ancho y de poco fondo, lo llenaran de tierra bien abonada y sembraran en él semillas de trigo, lentejas, almortas, guisan'tes y curutis especies encontraban a mano.

A este plantel en miniatura le llamaban «el mayo».

Lo guardaban en la bodega generalmente, o en otro rincón de la casa adonde no llegara la luz del sol; y periódicamente las cuidadosas manos femeniles iban regándolo y observándolo con mimos de monjila jardinera.

Brotaban y crecían las plantas en la oscuridad; por lo que, horras de clorofila, tenían luego un hermoso color blanco, nacarado, como el de las pálidas vírgenes de los claustros. Era como si en el rincón más lóbrego de la casa se estuviera incubando con efluvios de luna la nueva primavera, que un día había de llegar traída por caminos de ensoñación al conjuro de las milagrosas manos femeniles.

Así llegaba «el mayo» en su oscura cárcel hasta el 30 de Abril.

¡El 30 de Abril!...

Muy de mañana las mozas de la casa sacaban «el mayo»; lo limpiaban con todo esmero, como a un recién nacido; ponían en el mejor orden posible la blanca maraña vegetal, y, con la misma emoción con que un sacerdote gaélico cortaba el máérdayo rilwel, lo colocaban suspendido en el arco, a la entrada de la casa.

Y era bello, con la doble belleza de la primavera naciente y de las ingenuas ilusiones femeniles, aquel trozo de campo suspendido como una estrella vegetal, que os saludaba al abrir la puerta de cada casa y que tendía hacia vosotros sus blancos tallos impolutos, en un amable gesto de adolescencia cariciosa.

Pero el rito vernal no terminaba con eso. La ceremonia druidica y emotiva de izar «el mayo» era sólo el prefudio del largo epitalamio que todo el pueblo iba a componer en la noche bruja musical.

Terminada la cena, y calmosamente, como sibaritas del tiempo y del silencio, se iban reuniendo todos los vecinos en la plaza o en la calle más ancha del pueblo. Las viejas se sentaban en corros a las puertas de las casas; los hombres, de pie, haciendo en la noche constelaciones de juguete con las puntas encendidas de sus cigarros; los mozos y mozas, pasando y repasando la calle, enzarzados en la broma que de boca en boca culebrea sobre lo que traería para cada muchacha la noche bruja de «los mayos».

—A tí te van a poner un carro de flores.

—A ti, una torre de plata.

—A ti, por mala, te van a calgar un manojo de ortigas.

...Y así se iban deslizando las horas de espera en aquella noche insomne en que una luna amiga iba sembrando bellas promesas en el corazón de cada muchacha. Mientras, afuera, en las colinas protectoras del pueblo el tomillo se engalanaba con tiernas estrellitas de luna, y el espliego se saturaba de la bendición de los cielos en el cantecillo de la noche sibilina.

* * *

Las once de la noche. Suena la última campanada en el viejo reloj de la torre. Dos balcones, uno frente a otro, se abren como dos nidos de gratos rumores. Abajo, y entre ambos balcones, se apiña la gente alborozada. Preludian algo unas guitarras... Y de uno de los balcones sale un chorro fresco de armonía y de tradición rejuvenecida: un coro de muchachas que lanzan al espacio, rezoza da en labios primaverales, la vieja copla, que ya cuenta siglos de ancianidad:

Adagio



¡Ac-ta-nos a tria-la del a-bril cum-pli-do, ma-ña-men-tra ma-jo de flo-res ves-ti-do.

Del otro balcón abierto surge entonces la réplica varonil, gallarda y recia como un roble sonoro. Son ahora los muchachos, que contestan al reclamo ingenuo de sus amigas:



Can-ta la ca-lan-dria, res-pon-de el ro-dri-go; gra-nan las ce-ba-das yes-pi-gan los fri-gos.

Vuelven a cantar las chicas, y vuelven a contestar los muchachos, en jorral competencia de fidelidad a la tradición venerable. Y así prosiguen durante una hora, lanzándose de un balcón a otro andanadas de poesía medieval, ajenos a sospechar que están realizando un rito de hondo sabor ancestral, un rito milenario, que la tradición conservó durante toda la Edad Antigua, y que en la Edad Media, en el férreo corazón, del siglo XII, tomó forma versificada y se encaramó, para segura pervivencia, en esos melosos compases musicales que se han venido repitiendo año tras año, siglo tras siglo, en la encantada noche del 30 de Abril.

* * *

Las doce. Se han cerrado ya los dos balcones-escenario. Las gentes del pueblo se van a dormir... ¿A dormir digo?...

Las personas mayores y los niños sí que se acogerán al regazo patriarcal de las viejas camas con somier de cuerda de esparto. Pero la gente joven no dormirá esa noche. Ellas quedarán ocultas y vigilantes, toda la noche en vela tras los risillos de la ventana, en tanto que los mozos han de rondar y rondar las calles, hasta que, ya de madrugada, las puertas se vayan abriendo para coger la sorpresa que para cada muchacha casadera ha colgado en el picaporte el mes de Abril, como galante despedida. Sorpresa que será muchas veces una declaración de amor con un ramo de flores o con una modesta joya, y a veces también, para castigar la soberbia de algún adelfesio, será la osamenta pálida de un jumento, que murió sin sospechar siquiera su sarcástico final.

JUAN MADRONA

-477

LAS ABANDERADAS

(DESFILANDO EN LA FIESTA)

*En la tarde de Mayo, que revienta en colores,
cual pomar policromo encendido de flores,
Elda es concha soltando al azul sus tesoros;
es la fiesta del júbilo de Cristianos y Moros.
Y las Abanderadas... como miel de arrebol,
como risa del Alba, como espuma del sol,
despliegan su película de colores feéricos.
— Van detrás los guerreros, como sueños homéricos—.*

*Mirad la gema exótica, la deslumbrante Mora,
la divina Zoraida, más linda que la Aurora,
encanto de Granada, orgullo del Muslí.
Sus ojos son estrellas de enigmas en derroche;
su pelo son las tintas profundas de la noche,
y tiene el cuerpo flámeo de angelical huri.*

*Ya viene la Navarra envuelta en su bandera;
de envidia está llorando la blonda Primavera,
y el céfiro relame sus besos de pasión...
Milagros de virtudes resume en sí esta moza;
encarna en su apostura la brava Zaragoza,
la indómita Agustina, el alma de Aragón.*

*Ensueño y aventura: esta beldad Pirata
recuerda mil hazañas en los mares del Plata
y en las costas azules del inmenso Brasil.
Al viento la bandera; mirada seductora;
desfila casi ingrávida, más linda que la aurora
de una mañana virgen y límpida de Abril.*

*Gozosa de aventuras, bizarra caballista,
intrépida y hermosa, la flor Contrabandista
irrumpe cual estrella en fúlgida región.
Despierta de la Historia encantos y bravura;
que todo lo han podido la gracia y la hermosura...
¡Decid si no, mirando la dulce aparición!*

*La tarde se suspende... La rosa Musulmana
derrama su inquietante belleza de sullana,
filtrando sortilegios al lúrido arrebol.
Sus ojos centellean misterios de ternura;
mil himnos de aire verde entona su cintura,
pedúnculo vibrátil pletórico de sol.*

*Mirad la Estudiantina científica caterva;
al frente va una ninfa más bella que Minerva,
angélica figura en forma de mujer.
Esfuerzo y voluntad, su clara alegoría.
Parece la figura crucial de la Alegría;
encarna la Constancia, la Gracia y el Saber.*

*Los crótalos de fuego resuenan en la calle:
la Zingara es un mimbre de asombros en el Valle,
y el viento es mar acústico de elástico tropel.
Enciende el Sol aromas de bíblicas colinas;
saudades de odaliscas descalzas y felinas,
con guzla en la garganta, y en la mirada miel.*

*¡Silencio!... que ya llega la estrella soberana,
la reina de los valles, la mística Cristiana,
mirífica de ensueños, pletórica de luz...
Los cielos han nimbado su frente nazarena;
la Virgen en su seno anima una colmena,
y siente el grano rutilo que derramó Jesús.*

*Pletóricas de gracia, de hechizos, de poesía,
desfilan en la tarde borracha de armonía,
— inmersa en un diluvio de cálida alegría—
extática de gozos, de luz y de esplendor...
¡Película cromática de náyades hermosas!
Diríase un desfile olímpico de diosas
camino del Epiceo... por el amor radiosas,
o bien la Vía Láctea deshecha de dulzor...*

"Eldenses populares"

por EDUARDO GRAS

BIEN está que se hable y se escriba sobre la vida y los hechos de los personajes que por algún motivo honran al pueblo que les vió nacer. Es un homenaje que se les debe y que no podemos negarles. Escribamos, pues, sus biografías, demos cuenta de sus creaciones, de sus méritos, de la influencia que ejercieron sobre sus contemporáneos y sobre la sociedad de su tiempo.

Pero, ¿por qué dejar relegados al olvido más absoluto a aquellos otros, humildes e insignificantes personajes, que si no nos legaron nada importante, contribuyeron en alguna forma a alegrar momentos de nuestras vidas y de la vida de la ciudad?

No destacaron en las artes ni en las ciencias, ni influyeron en el gobierno o en la política, pero si nos hicieron pasar algún rato feliz, ¿no es justo que los estemos reconocidos y que los recordemos —siquiera sea de paso— al hablar de celebridades eldenses?

Alentado por estas ideas, he pergeñado las dos semblanzas que van a continuación, y que corresponden a dos tipos de elevado sabor popular, representativos de una época no muy lejana.

No me he atrevido a llamar a este trabajo biografía porque en nada se parece a una biografía. —Empiezo por reconocer sinceramente que ignoro por completo todos los datos de la vida de ambos personajes. No sé dónde ni cuándo nacieron, ni si murieron ya o viven todavía. Y por no saber, no sé siquiera sus nombres completos.

No creo, sin embargo, que para el fin que persigo sea ello inconveniente grave. ¿Qué nos importa la falta de las fechas de sus nacimientos? Para cada uno de nosotros nacieron el primer día, la primera vez que, con los ojos muy abiertos, nos acercamos a sus ambulantes establecimientos, unos para envidiar todo lo que se ofrecía a nuestra vista, y otros —más dichosos— apretando entre los dedos la negra moneda de cinco céntimos que entonces era un bono de felicidad. Y en cuanto a lo incompleto de sus nombres todos sabemos que los grandes hombres son conocidos generalmente por un sólo vocablo. ¿Qué más podemos, pues, exigir para nuestros dos modestos héroes eldenses?

Y sin más preámbulo, allá van estos intentos de retrato, que tal vez no merezcan más nombre que el de sombras imprecisas y desdibujadas.

* * *

Es el primero el del famoso «tío Isidro». Sentado tras de su carromato, se le podía encontrar todos los días en la esquina que forman las calles Nueva y del Médico Beltrán. Los domingos, sin embargo, trasladaba sus reales ante la fachada del Teatro Castelar. Raras veces se establecía en lugares distintos a éstos.

Era un viejecito alto, delgado, de carácter bondadoso y voz débil y gangosa, algo chillona.

En el invierno, se envolvía en un viejo y raído gabán de color indefinible y soplabá con frecuencia sus manos, mientras libraba sus pies de la congelación con un rudimentario brasero. Y en las tardes de verano, achicharrantes y bochornosas, dedicaba buena parte de su actividad a combatir a su peor enemigo:

las moscas, que acudían atraídas por el dulce de su mercancía. Enarbolando el mosquero de tiras de papel y mango de caña, se entregaba sin cesar a la tarea de «aasar» a las importunas visitantes, que pretendían gozar las delicias de aquel paraíso sin efectuar la debida compensación pecuniaria.

Pero lo bueno, lo verdaderamente destacable y único del «tío Isidro» era su carro, su «establecimiento». Era una verdadera institución, aureolada con el prestigio de sus muchos años de existencia. Y para nosotros, la chiquillería de entonces, simboliza el «non plus ultra» de nuestros deseos y ambiciones. Su caja era de una madera vieja y apolillada; se apoyaba por delante sobre dos patas de palo y al otro extremo tenía dos grandes ruedas que permitían efectuar cómodamente su traslado.

Su superficie estaba dividido en un sinfín de compartimientos, cada uno de los cuales tenía su única y exclusiva misión de contener un determinado género vendible.

Aquello era un verdadero colmado ambulante, tienda de comestibles nómada, almacén trashumante, en el que podían encontrarse las cosas más heterogéneas, los objetos más incongruentes, sin otro nexo de unión que el de procurar la felicidad de los chiquillos.

Junto a la jofaina de los «tramusos» se veía el lebrillo de las chufas en remojo, la «llanda» de las manzanas en dulce, los departamentos reservados al «mesciao»: pasas, torraos, cacahuetes, habas duras, semillas de girasol; otro departamento alojaba las dos pringosas botellas de los «refrescos»; venían luego las cajas de las «bolicas», de los mangos y gomas para tirador, las pelotas de cuero sujetas por una gomita, los helicópteros de hojalata, que se lanzaban merced a la impulsión a lo largo de un eje recurvado en espiral; luego estaba la parte literaria, con su inmenso surtido de cuentos de Calleja —los renombrados cuentos de Calleja—, colecciones de estampas, calcomanías, cartulinas recortables, barajas diminutas; correspondía luego el turno de los globitos de goma, los pilos, las cajas de cerillas, los «mixtos» de trueno, las piedras detonantes, los periódicos infantiles, los sobres sorpresa; y muchos otros artículos que no puedo recordar por más que esfuerzo mi memoria, pero que me consta contribuían a atiborrar aquel maremagnum.

¡El tío Isidro! Figura casi legendaria para nosotros, su sola mención nos sugiere, involuntariamente, el recuerdo de aquellas dichosas tardes en las que, felices poseedores de algunos céntimos, acudíamos presurosos a él y a la vista de todos aquellos tesoros, que ahora estaban a nuestro alcance, dudábamos en la elección y allí estábamos, vacilantes y pensativos, hasta que con resolución le señalábamos lo que deseábamos y el buen «tío Isidro», siempre amable y cariñoso, nos alargaba en su callosa y arrugada mano nuestra adquisición, que recogíamos con mano trémula.

* * *

Corresponde mi segundo bosquejo al «tío Barrachina», pero lo dejaremos para el siguiente cuaderno...

Romance del Bando Moro

Para Manolo Arellano

Bando moro, bando moro,
moros de guardarropia,
bereberes de opereta,
africana burlería;

La mañana polvorienta,
—por la calle nueva arriba—
con diluvio de canícula
lentamente se desliza.

En batahola de timbales
y de épicas elegías,
¡qué bullanguera que va
la falaz comparsa!

Fiesta que fiesta fiestera,
rutilante pedrería,
color, calor, epinicios,
cimitarras, alegría.

¡Adelante mis guerreros!
El rayo de guerra guía
vuestra mirada sedienta
do el coraje nos envía.

¡Adelante mis jayanes;
que por fin la hora es venida;
el músculo en duermevela;
presta la aljaba atavía!

¡Adelante mis cegries
que de granada traía!
Son mis huestes y mesnadas
ruda, agraz infantería.

¡Almorávides y omeyas,
muslimes de berbería;
de Persia, Bagdad, Bizancio,
nos llega la algarabía;

¡Santiago, Santiago, cierra,
que viene la morería,
y ninguno de tus hijos
va a quedar con la su vida!

Bravo moro, bravo moro,
si la guerra a tí te mima,
alfanje para el caído
es cosa de poca estima;

en el vivir y la guerra
la nobleza no se olvida;
nobles cual nosotros son
los fidalgos de castilla.

Prestas adargas y lanzas
de grande ira contenida,
darán batalla al rumí
demostrando bizarría;

que ya no es moro aquel moro
cuando la su sangre olvida,
sangre teñida con sangre
en fieras lides vertida.

¡Santiago, Santiago, cierra
que viene la morería,
y ninguno de tus hijos
va a quedar con la su vida!

La mañana polvorienta
esconde por sus esquinas
ecos teñidos de fiesta
—alegre policromía—.

Aherrojados van los jeques
por la Calle Nueva arriba,
con arneses pavonados
y vistosa sedería.

Ordenados, elegantes,
seguidos que son, seguida
decorativa y flamante
sofisticada morisma,
a disputar del cristiano
en guerrilla ya sabida,
la Alcazaba, que es la obra
de alarifes de engañifa.

Fiesta que fiesta fiestera,
rutilante pedrería,
color, calor, epinicios,
cimitarras, alegría.

Quitasoles y abanicos,
limón, limonada fría,
rojos, blondos, blondos, rojos,
pendones al viento ríen.

ERNESTO GARCIA LLOBREGAT

Evocando romances de guerra y de amor



¿Qué amables efríts han obrado la transmutación prodigiosa?.. El casti-
llo legendario ha redondeado sus aristas, como una mujer en plenitud de fe-
minidades. El áspero puente levadizo se ha hecho suave como un cuello de
cisne. Las escarpadas rocas, trocadas en tiernas esmeraldas, se cubrieron de
un bosque susurrante... Y una guapa muchacha eldense, que por unos días se
siente la bella Zoraida del viejo Dahellos, enciende nuevas llamaradas de
amor y de guerra con las antorchas de sus ojos musulmanes. La guerra, por
fortuna, será hoy nada más que un bello simulacro, mientras que el amor, por
fortuna también, seguirá como hace nueve siglos, abatiendo torreones y casti-
llos al empuje gracioso de estas cristianas que juegan a ser sultanas fastuosas
en el eterno califato de sus ensoñaciones exquisitas.



MAGNIFICAVIT DOMINUS FACERE NOBISCUM

*LA mañana abril-
ña, empapada de
litúrgicas promesas, era
fresca y gozosa, como la
sonrisa de la bíblica Esther.*

*Una cándida emoción
evangélica temblaba en los
cielos eldenses, cual si estu-
vieran a punto de hacerse
visibles las lenguas de
fuego.*

*Bajo las altas bóvedas
de nuestro templo iba a le-
ner lugar, por única vez en
la historia de Elda, un
trascendental acto religio-
so: la impartición de órde-
nes sagradas a más de me-
dio centenar de jóvenes
ordenados, que habían lle-
gado a nuestra ciudad con
un enorme bagaje de piado-
sas ilusiones juveniles.*

Alba bandada de gozo-

sas palomas familiares semejaban por las calles eldenses las blancas becas de los seminaristas. Las moradas hopalandas episcopales irisaban de religioso gozo la inquietud afanosa de nuestras calles, y ponían un sello de espiritualidad sobre el tropel de nuestros afanes cotidianos.

Durante dos días Elda estuvo, inmersa en el júbilo de un religioso estremecimiento por la presencia en sus calles de tantos elegidos de Dios.

Y fué la explosión cenital de los fervores eldenses en la mañana del día diez, cuando, bajo las arcadas de nuestro venerado templo y ante una muchedumbre de creyentes sumidos en piadoso recogimiento, los labios de nuestro muy querido prelado fueron abriendo gradualmente los canales de gracia del sacramento, hasta culminar, entre un presenciado batir de alas arcangélicas, en las tremendas palabras rituales: «Tu es sacerdos in aeternum...»



Humillados en tierra, los candidatos a la más alta dignidad humana han invocado al Espíritu Santo. Y el espíritu de Dios descendió sobre las jóvenes cabezas ungidas.

Elda gozó su más destacada efemerides litúrgica.

Luego, en nuestro acogedor Teatro Castelar, la amabilidad de nuestros visitantes nos obsequió bordando en oleadas de armonía un selecto ramillete de motivos polifónicos.

Y al día siguiente, nueva explosión de júbilo bajo las arcadas de nuestra parroquial. Por primera vez después de la liberación, un hijo de Elda, Don Miguel Conejero, celebra su primera misa entre los apretados fervores de sus paisanos. Digno broche de oro de tan áureas jornadas.

Ad multos annos.





ANECDOTARIO ZAPATERO

HE aquí una nueva sección, abierta —como todo DAHELLOS— a nues-

tros lectores. Pretendemos captar en esta página la «chispa» zapatera, construir un mosaico de anécdotas, sucedidos, casos curiosos, etc. de nuestra industria. ¿Qué fabricante, qué

viajante, qué obrero no cuenta en su memoria con un archivo de hechos graciosos que le ocurrieron a él o a otros? Pues esto es lo que queremos grabar y para ello solicitamos de nuestros lectores nos ayuden, enviándonos lo que crean pueda contribuir a avalorar este «Anecdotario». No es preciso que esté correctamente escrito; basta con que se relate la anécdota, que nosotros procuraremos envolverlas en un más airoso ropaje. Aquí van algunas de las recogidas últimamente:

Un viajante de la ruta de Galicia encontró a un cliente poco dispuesto a dejarse convencer. Tras muchos esfuerzos y agotando su repertorio de persuasiones, pudo sacarle una nota de... ¡ochó pares! Sin perder la ecuanimidad dijo el viajante: «Espere Vd. un momento que voy a por el delantal. Le haré los ocho pares en un minuto».

* * *

Uno de los incontables fabricantillos —firme sostén de la industria— que en una habitación de su casa tienen la fábrica, el almacén, despacho, aparado, etc; todo amontonado en un aprovechamiento inverosímil del terreno, hubo de recibir a su representante en Madrid, hombre acostumbrado a tratar con grandes fábricas y creído (por la manifiesta y colorines de los impresos) de que en este caso era lo mismo. El fabricante, apenas se enteró de la visita, hizo cerrar todas las puertas y dejó sólo una habitación en la que improvisó un decente despacho, en el cual recibió a su representante. Al deseo de éste de visitar la fábrica escurrió el bulto pretextando que «estaba en las afueras». Ya en Madrid el representante y una vez que salió a cuento, preguntó a otro fabricante eldense qué tal eran las naves del pequeño zapatero. Contestóle aquel que las grandes naves se reducían a una habitación del «Progreso». Entonces creo que el representante empezó a conocer el carácter de los eldenses.

* * *

Otro viajante, éste de la ruta de Andalucía, no tuvo suerte en sus primeras visitas y mandó un telegrama a la casa, pidiendo fondos. No sabemos si por casualidad o por una travesura del carácter bromista que es emblema del gremio de viajeros, lo cierto es que el telegrama salió en verso. Decía así:

En Córdoba y en Genil

mande fondos a Llerena,

negocio no conseguí;

que aquí está la cosa buena.

Recibido este telegrama en la casa, produjo un resultado desastroso, que se tradujo en esta contestación:

Respuesta fina y galante
para un poeta viajante:

Recoja usted las maletas
y váyase a la... peineta.

VIDA LOCAL



BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL.—En la Sesión plenaria de nuestro Excmo. Ayuntamiento de 27 de Abril se aprobó por unanimidad la creación de una Biblioteca Pública Municipal y se designó como representante del Ayuntamiento en la Junta Rectora al prestigioso industrial D. Maximiliano Aguado Bernabé. Esta Junta que ha de dirigir los destinos de la biblioteca y procurar su mayor efectividad para el servicio cultural que tiene encomendado, está actualmente en formación, figurando en ella, además del ya citado Sr. Aguado los Sres. D. Joaquín Campos Fernández, D. Antonio Porpeta Clérigo, D. Pablo Martínez Vicente, Presbítero, en representación de la autoridad eclesiástica, D. Federico Jover Cerdá como representante del Casino Eldense, un representante de F. E. T. y de las J. O. N. S. todavía no designado, D. Antonio Tamayo por la C. N. S. D. Juan Madrona Ibáñez y D. Alberto Navarro Pastor. Esperamos una rápida gestión de esta Junta para que en plazo breve se instale la Biblioteca Pública en un edificio adecuado y se abran sus puertas al pueblo eldense.

INAUGURACION DEL «HOGAR DEL CAMARADA».—Coincidiendo con el día de la Unificación fué inaugurado el nuevo domicilio de la Falange, debido a la actividad desplegada para este fin por el Jefe Local del Movimiento, camarada Esteve y a la colaboración entusiasta de nuestro Jefe Provincial, camarada Jesús Aramburu. Los nuevos locales fueron bendecidos por el Sr. Cura párroco, D. José M. Amat. Consta el nuevo edificio de dos plantas; en la parte inferior el Hogar del Camarada y en el superior, las oficinas de Jefatura, Secretaría, Guardia de Franco, despacho para el público y amplio salón de sesiones.

EXTRAORDINARIO FESTIVAL PRO-CAMPAÑA DE LA LOSETA—En los días 29 y 30 de Abril, se celebró en el Teatro Castelar un extraordinario festival artístico, organizado con el fin de allegar fondos para comenzar la segunda parte de las obras de parimentación y estucado de nuestro Templo Parroquial. La conocida tragicomedia de Muñoz Seca «La venganza de Don Mendo» fué representada por el grupo artístico de Educación y Descanso, dirigido por los Srs. Francisco Candelas y Emilio Rico. Las funciones obtuvieron un extraordinario éxito de público, como era de esperar dado el fin a que se destinaba la recaudación.

DEPORTES: EL PIZARRO CAMPEON NACIONAL DEL F. DE J.J.—Tras una brillante campaña en la que no ha perdido ni empatado ningún partido, el equipo de futbol de la Centuria Pizarro ha ganado el título de Campeón Nacional del F. de J.J. al vencer en Teruel a los más destacados equipos juveniles de España. La final contra el Santander, retransmitida por Radio Elche, captó la atención de Elda entera que estuvo pendiente de cuanto ocurría en el campo turolense. Al finalizar el partido con la victoria eldense Elda vibró de entusiasmo recorriendo sus calles jóvenes que vitoreaban al equipo campeón. La

llegada de éste, el día 9 de Abril revistió caracteres de apotheosis. Desde mucho antes de la llegada del equipo, la carretera por la que habían de llegar se encontraba atestada de gentío que vitoreaba al Pizarro constantemente. A la llegada del autobús una potente traca e infinidad de cohetes alonaron el espacio mientras las aclamaciones se sucedían sin interrupción y los jugadores eran sacados del coche y llevados en hombros por los entusiastas, mostrando orgullosos los trofeos que tan brillantemente habían conquistado. Así fueron llevados ante el altar de nuestra Patrona, la Virgen de la Salud donde se cantó una salve en acción de gracias por la brillante victoria alcanzada. Acto seguido se celebró en el Teatro Castelar, que resultó insuficiente para albergar al enorme gentío, un acto de homenaje a estos camaradas en el que tomaron parte varias personalidades cerrando el acto el camarada Estere que tuvo elogiosas palabras para ellos, así como para los camaradas de Alicante que figuraron en el equipo y para el pueblo de Teruel, caballeroso y hospitalario con nuestros expedicionarios.

En la Ciudad de los Deportes de la O. A. R. y durante los días primeros de Mayo se celebraron interesantes exhibiciones provinciales de la O. A. R., en las modalidades de baloncesto, tennis, ping-pong, ajedrez, fútbol y atletismo de las que en el próximo cuaderno daremos una más extensa reseña.

MAGNIFICO TRIUNFO DE UN ELDENSE.—Recientemente y en las tiradas oficiales de pichón a brazo celebradas en Ennova (Valencia), el joven tirador eldense Amílcar García-Carrasco consiguió un meritorio triunfo al clasificarse en segundo lugar, matando 11 palomos de 14 con uno menos que el primer clasificado. Participaron en la tirada, correspondiente al campeonato regional 172 escopetas, entre las que destacaban las mejores de la región por lo que el triunfo de este joven eldense es doblemente meritorio.

EL LEPORTIVO, ABOCADO AL DESCENSO.—Finalizó la Liga en nuestro grupo y con el último encuentro, frente al Novelda, la última derrota liguera, una de las 19 que en los 32 partidos ha encajado nuestro titular. ¿Qué comentario podemos hacer si no es para repetir lo que tantas veces hemos dicho? La cosa ya no tiene solución; nos encontramos al borde de un descenso de categoría y con ello, quizá se habrá dado cima al deseo de alguien que ha perseguido este fin desde el comienzo de la temporada. Preguntamos: ¿qué se hace actualmente para afrontar la próxima liguilla, con las debidas garantías de éxito y permanencia en la 3.ª División? Porque si éstas han de ser como las hasta ahora llevadas a cabo, ya podían dar por terminada la laboriosa gestión los Sres. que todavía rigen los destinos del Club y dar paso a quienes pueden enfrentarse con la actual situación con todas las garantías de éxito que exigimos para Elda, para el Deportivo y para la afición.

X COPA SAN PEDRO.—Sigue la U. D. Eldense cosechando triunfos en campos ajenos al vencer al Petrel y al Pinoso en sus terrenos. Confiamos en que este club conseguirá una brillante actuación, más meritoria que la de algunos clubs, ya que en sus filas solamente figuran jóvenes valores, ninguno de los cuales ha actuado en clubs de categoría superior.



LA OFRENDA A LA VIRGEN

por EDUARDO GRAS

¡Mañana de Mayo Mayo,
mañana de Mayo en flor!
¡Calles eldenses, borrachas
de primavera y de sol!

A las puertas de Santa Ana
lucida tropa llegó:
brillos, crespones, reflejos,
avalancha de color,
banderas al aire abiertas,
alegre músico son.

¡Qué epilepsia de campanas
a las torres atacó!

¡Cómo su loco volteo
alborota el corazón!

Al Templo la comitiva

se va entrando; ya se entró;
a las puertas se quedaron
Mayo, primavera y sol.

¡Lanzad, campanas, al viento
vuestro sonoro din don...!

* * *

En la penumbra del templo
se ha fundido el esplendor
del tropel cristiano y moro:
uno sólo son los dos.

Nueve banderas erguidas
guardan el altar mayor:
nueve estandartes que elevan
cada uno una oración.

(Mientras se dice la Misa
que se celebra en su honor,
tras de sus cándidas barbas
se sonríe el buen Antón).

De la calle, amortiguado,
llega un festivo rumor...

* * *

¡Señora de los eldenses!
Madre de su devoción.
Hacia tí se han vuelto ahora
ojos, alma y corazón.

Nueve doncellas avanzan:
llevan para tí, Gran Flor,
flores blancas, flores puras
que Elda en fiestas te ofrendó:

(Barbas blancas, alma blanca,
sonreía San Antón).

* * *

A la mañana de Mayo
la comitiva volvió:
a las puertas esperaban
Primavera, Mayo y sol.
El cielo tenía del Manto
de la Virgen el color.

(Yo la he visto, yo la he visto
ayer tarde, entre el fragor
de la guerrilla estruendosa,
abanderada de honor
de seráfica comparsa,
al frente de una legión
de querubines alados.
Un arcángel le entregó
pólvora de bendiciones
para su arcabuz de amor...)

Un concepto de la vida

por E. CHINCHILLA

—Querida Rufina, ¡qué ganas tenía de verte! Desde que dejaste de habitar en el barrio para instalarte en tu actual residencia, parece que un muro infranqueable se ha levantado entre las dos.

—Pues ya me ves, Petra, y como bien dices, por causa de una resquebrajadura del muro que mencionas. Hija, desde que tengo coche, no voy apenas a pie a ningún sitio. Pero a la coincidencia de haberse puesto enfermo el chofer debes la oportunidad de pararme en mitad de la calle.

—Ya me doy cuenta de que los tiempos cambiaron. Ahora todo es distinto; tú te has convertido en una opulenta señora que dispone de una buena mansión, que está atendida por sirvientes, y, en fin, que los días en que me contabas tus problemas económicos ya pasaron. Yo, ya ves, sigo igual de modesta, con mis problemas que voy salvando con buena voluntad y regular acierto.

—Pues, hija, yo lo siento mucho, pero ahora que la riqueza me abrió sus puertas, no quiero recordar ni por un momento, ni que me recuerden, aquellos difíciles días. Hoy tengo aspiraciones, y espero alcanzar un nivel social que cuadre a la importancia comercial que la firma de mi esposo merece. Pues estaría bueno que yo, la esposa de D. Rigoberto Esparadrapo, fuera a conformarme con aparentar una situación en la vida, por un escrúpulo estúpido, que no corresponde al capital de mi esposo. Se que procedo de humilde origen; que he pasado duras necesidades; mas los tiempos son otros. ¡Cómo han cambiado! Nada tiene que ver que mi marido para enriquecerse se viera obligado a realizar operaciones de dudosa legalidad; que, sin reparar en nada, comerciara sin conciencia, si me permites la crudeza de la frase, en una danza en la que el más audaz y el de corazón más incommovible era el que había de triunfar. ¿Qué importaba todo, si la pobreza se alejaba y venía un bienestar prometedor? Comprendimos que en la vida sobran los sentimentalismos; y, ciegos a todo cuanto no fuera en provecho propio, emprendimos la carrera de la especulación. Y ahora, ya lo ves, la gente no nos mide por lo que fuimos, sino por lo que somos. Los que en otra época nos hubieran desdenado, hoy nos reciben en sus casas, sonrientes, y hasta algunos se permiten confidencias con mi esposo, ansiosos del préstamo que puede salvar una situación. Préstamo que sabemos de antemano no hemos de recobrar, pero que olvidamos pensando que es la contribución social que para ascender a superiores esferas hemos de satisfacer.

Somos recibidos por genté del gran mundo que aparenta no reparar en nuestros rústicos modales y en nuestras expresiones faltas de cierta retórica que se exige; pero ante todo éso cierran ojos y oídos y sigue la farándula, aunque entre bastidores nos pongan en la picota. La vida es así y yo no la deseo de otra forma. Conque ya lo sabes: el sol sale para todos por igual; el arte consiste en recojer la mayor cantidad de calor posible. Pero... ¿te marchas?... ¿Así?... ¿No necesitas nada?... Vuelve, mujer, y perdona si ofendí tus principios morales... Nada; es inútil; ésta no cambia. Le repugna mi modo de ver la vida. Es una triste realidad...

¿Y qué me importa a mí que esta pobre mujer no comparta mis ideas?

Romance con espuelas

(LA GUERRILLA)

por RODOLFO GUARINOS

*Cuando las torres ofrendan
rotundo perfil sin sombras,
cuando los soles de Mayo
muelen sus risas redondas,
cuando los labios, al beso,
sueñan con ser amapolas
y los remansos del río
espejan doncellas locas,
el Angel de las Batallas,
con cien angustias remotas,
dejó la siesta soñando
largos teoremas de rosas.*

. . .

*Madre, mi sangre es tu sangre,
la guerra santa una aurora.
En el pulso de mi espada
grita mi sangre española.
Soledad, novia, azucena...
voces de fuego me invocan.
Siento en tu pecho dormido
un suicidio de palomas.*

*He de volver, os prometo,
sobre un caballo de roca,
laureles sobre mi frente.
la Muerte atada a la cola.*

*La tarde quedó en suspenso
con un sigilio de alcoba,
cuando a la carga en el llano
entran cimitarras moras.*

*Verdes banderas al viento,
donde la luna se asombra,
constelación de gumias,
cauces de sangre remola.
Ricos turbantes cruzados
con ambición de corona,
y armas brillantes que envuelven
de diamantes a la tropa.*

*Pero está Castilla en vela
—pólvora en las amapolas—
y en Levante amaneciendo
la madrugada española.*

Y suben los estandartes,
como flores sin corola,
entre el trigal sin espiga
de las cristianas tizonas.
Sobre lanzas y címeras
la cruz de Santiago flota.
Hay un romance de espuelas,
lleno de inquietud sonora,
cuando la tarde, de luces
e impaciencia de cabriola,
sintió desgarrarse al viento
de los clarines las notas.

(San Jorge reparte lanzas,
escondido entre las rocas)

¡Qué atrevimiento en las cargas
locas de luna señora!

¡Qué crujir el de las lanzas
que no saben de derrotas!

¡Qué relámpagos de espadas,
cortando voces redondas!

¡Qué gesta de caballeros
lívidos de luna rota!

¡Qué fiebre de los valientes
que al peligro se abandonan!

¡Qué juego audaz con la muerte,
cuando la vida no importa!

(San Fernando juega a lises
florones de su corona)

Un sol de fuego dibuja
sobre la pólvora rosas.
Estandartes y gargantas
tienen sed de caracola.
Jinetes de Calatrava
—viento de capas airosas—
y de Alcántara y Montesa,
riñen cargas jubilosas.

Y hay un declinar de luna
de verde esperanza mora
cuando en las armas cristianas
el santo furor se encona.

(San Yago pinta en las nubes
con sangre su insignia roja)

¡Calla Valle, Valle calla,
tus temores de paloma!

Traerá la noche esta noche
sobre la luna de blonda
la gran Cruz de los cristianos,
negra de pólvora moza,
con laureles de victoria,
verdes de tu verde ropa.

Diré: madre, novia, Elda...
—mis tres amores de roca—
vuelvo y traigo frescos besos
de la Victoria en la boca.

Comparsas frustradas

por ALBERTO NAVARRO

EN el año 1945 se abrió la etapa radiante de las Fiestas de Moros y Cristianos, ya olvidada su lejana celebración en el pasado siglo. Cristianos, Contrabandistas, Estudiantes, Moros Realistas y Moros Marroquies son los que pueden ostentar el honroso título de fundadores. Fueron sucediéndose los años, rivalizando las comparsas en desplegar suntuosidad, animación y alegría; cubrieron los Contrabandistas todos los «records» de lujo y colorido en sus interminables desfiles deslumbrantes; uniéronse nuevas banderas, y llegó el año 1948 con la inclusión de los Zíngaros, con sus abigarrados uniformes, sombreros tiroleses y violines mudos. Desde entonces ninguna nueva comparsa ha aportado alegría y belleza a la Fiesta; ningún grupo más de jóvenes ha surgido engalanado con vistosos atavíos para disputar a los demás el cetro de la marcialidad y brillantez en el desfile. ¿A qué se debe esto? ¿Se inicia acaso, como algunos pusilánimes malauguran, el ocaso de la Fiesta de Moros y Cristianos?

Creemos que no. Las objeciones presentadas son totalmente pueriles. La mayoría se concentran sobre la «falta de tradición en Elda». Pero... ¿qué importa que las fiestas eldenses de Moros y Cristianos no tengan tradición? ¿Qué cosa es esa tradición con la que se llenan la boca? La tradición es, según el Diccionario, «noticia de cosa antigua que se transmite de generación en generación». Y... ¿afirma acaso que la tradición comienza en el siglo I, en el X, en el XV o en otro cualquiera? No; no lo afirma, porque no es verdad. La tradición actual la hicieron nuestros antepasados; de ellos recibimos las doctrinas, las enseñanzas, las costumbres tradicionales que hoy respetamos o dejamos morir estúpidamente. Nosotros somos los artífices de la tradición del mañana; nuestros hijos, nuestros nietos y bisnietos, las nuevas generaciones que nos sucedan, serán las que respeten o dejen morir estúpidamente, remedándonos, las tradiciones que nosotros les dejemos. Y una de estas tradiciones, que hemós de legarles, es esta de Moros y Cristianos. No es preciso buscarle fundamentos y ramificaciones en la Historia Local (aunque bien fuerles se hallarían) para que esta Fiesta adquiera ciudadanía y raigambre en nuestro valle. Basta con su misma esencia, su espectacularidad y su alegría, para que deseemos siga eter-

namente abriéndose la primavera con el estallido de color y música de los desfiles y la atronadora algarabía de la pólvora.

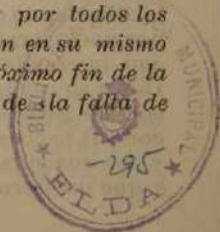
Pero... ¿a qué se debe esa falta de nuevas comparsas? Elda puede y debe mantener más agrupaciones, más conjuntos alegres y bulliciosos.

Con objeto de aclarar este interesante tema festero, nos hemos interesado por él y hemos llegado a la conclusión de que no se estimula en lo necesario a los que desean introducirse en el marco brillante de los desfiles. Dos son las comparsas que han nacido viables y se han frustrado poco después por diversas y lamentables circunstancias. Marinos y Vaqueros eran los que intentaban abrirse un hueco en la gran familia comparsista. El hueco cariñoso no se les abrió, y las dos comparsas perecieron. La bendición de la bandera de los Marineros figura en el Programa de San Antón de 1949; pero, como ignoro todos los datos necesarios para poder tratar de ello, con conocimiento de causa, prefiero ocuparme solamente de los «Vaqueros».

¿Porqué no salió esta Comparsa? Se formó con todas las garantías exigidas, reunió en sí legalidad plena. Escogió la vestimenta característica de los caballistas y «cow-boys» cinematográficos, inexcusable en una comparsa de tal carácter. Nos han dicho los principales animadores de esta comparsa que desde aquel momento se les pusieron trabas y obstáculos a su formación y aprobación superior.

Basábase la Junta de Comparsas, al parecer, en que los uniformes vaqueros no se ajustaban a las características de la fiesta. Así se me ha asegurado por personas dignas de crédito. Es difícil creer que el anacronismo sea tenido en cuenta por quienes dirigen nuestra Fiesta. Basta echar una mirada a los trajes de Navarros y cristianos; basta pararse a pensar qué remota e inexplicable relación tendrán los Piratas, los Estudiantes, Zíngaros y Contrabandistas con la magna epopeya de la Reconquista. Cuesta trabajo creer que en una fiesta que es la exaltación y gloria del anacronismo, aún haya quien pare mientes en él. Pero así ha sido, y por este absurdo, por esta contradicción manifiesta tiene la fiesta una comparsa menos y unos descontentos más. Creemos, en nuestra modesta categoría de simple espectador, que la misión de la Junta Central de Comparsas no es obstaculizar la creación de nuevos grupos, sino fomentarla, incitando a las ya existentes a mejorarse de año en año para que sean aliciente y estímulo de quienes llevan latente en su pecho un moro o un cristiano, un zíngaro o un vaquero.

Si la misión de la Junta Central que es la de procurar por todos los medios dar brillantez a la fiesta, sufre eclipses que redundan en su mismo perjuicio, habremos de dar la razón a quienes predicen el próximo fin de la Fiesta de Moros y Cristianos en Elda; pero la culpa no será de «la falta de tradición».





LA EMBAJADA

—¡Ah, del castillo! ¡Ah, del moro!
—¿Quién a estas almenas llama?
—Soy un heraldo cristiano,
que traigo honrosa embajada
para el Alcaide. —Al momento
voy a anunciar tu llegada.

* * *

—Yo soy, cristiano, el Alcaide
de aquestas almenas. Habla.

—Me envía el muy poderoso
rey de las huestes cristianas,
para decirte que vienen
con la cruz enarbolada,
por la Jau, por el Guisney,
por El Sapo y la Alfigara
cien ejércitos invictos,
que no caben en el mapa,
pidiendo de sangre mora
verdinegra butifarra.
Y antes que hacer un estrago
con tu gente musulmana
te piden que este castillo
les entregues... —¡Basta! ¡Basta!
¿Rendir yo la fortaleza?
La tendréis cuando echen canas
estas barbas de peluche,
que hacen hervir de arrogancia.
No se abaten medias lunas,
ni aún siendo de hoja de lata,
por unos versos mal hechos
con huera fanfarronadas.
Dile a tu rey que aquí aguardo
con mis gentes a las armas;
con sus barbas, con sus puros
y con sus gafas ahumadas,
y que tus fieros mensajes

me dan risa más que rabia.

—¡Ay de vosotros, los moros
que aquí tenéis la morada!
Ya podéis comprar bramante,
y atar bien las cuatro tablas
de vuestro bufo castillo.
Ya se oyen las clarinadas
de los cristianos ejércitos
por todo el valle. Ya avanzan
doscientos mil zapateros
—aguardentosa algazara—
con más ruido de arcabuces
que una tormenta en el Atlas.

Todo el valle será un lago
de vil sangre musulmana.
¡Hasta la cima de El Cid
ha de verse ensangrentada,
y el río ha de verse rojo
durante treinta semanas!
No os valdrán las engaifas
que hacéis con los de la tasa.
Váis a morir, miserables,
con muerte la más amarga.
Será peor que si os dieran
a beber con una caña
las mil absurdas e infames
porquerías de una tasca.
Será peor que tragaros
los escritos del programa
de fiestas. ¡Será algo horrible
la muerte que os amenaza!
¡Sús! ¡Los míos! ¡Al degüello!...

—Cristiano, no me acobardas.
Pero quisiera tan sólo
saber porqué esta batalla.

—¿Porqué, perro moro, dices?..
Bien sabes que Elda está en ascuas.
Ni chicos ni grandes duermen,
porque sabemos con rabia
que ocultáis en el castillo
dos estradas, ¡dos butacas!,
para ir al cine el domingo.
¿Queréis razones más trágicas?

DESDE la magnífica atalaya de Bateig contemplé la otra tarde, tarde primaveral bien soleada, el valle profundo de la antigua Idella. Escalé los riscosos lomos de tan prominente observatorio, y sentado sobre una redonda roca, me dispuse a gozar de este bello panorama que nos envuelve.

Quizás encuentres lector atento, un poco pueriles estos ligeros apuntes que en mi pensamiento quedaron; mas no me mueve otra ambición que la de distraerte un rato y recomendarte que, si alguna vez tienes ocasión, admires el suave color de este paisaje.

Mis ojos impresionaron en el diminuto objetivo de sus retinas todo cuanto me circundaba. Escudriné en lontananza la línea torpe del horizonte, alborotada por las cimas y picachos de los montes, que con la gravedad de centinelas cierran casi todo el valle. Solamente el río abre, en las verdes entrañas del paisaje, una profunda herida. Es nuestro río tan viejo que tiene su fondo surcado de arrugas. Sin embargo cuentan quienes lo vieron antaño que siempre traía un cuantioso caudal, y que daba gozo ver sus márgenes, fértiles y exuberantes. Así me lo imaginé yo la otra tarde; como una cinta de bruñida plata. Bajo el cielo de continuo azul se extiende la verde campiña. Un enjambre de sendas cuarteán en parcelas de infantil geometría el limpio césped, que, al áureo roce de un tibio sol, despide vacilantes reflejos. De entre los olivos tristes, de obscura pompa, emergen con cierto rubor tímidas casas blancas; y en el fondo, como reina y señora del valle, se asienta la ciudad de Elda. La contemplé a mis anchas y observé su altivo gesto. Su visual amplia y magnífica me llevó a abrir desmesuradamente los ojos... Porque Elda tiene, desde este fácil observatorio de Bateig, muchas y muy variadas perspectivas. Si prescindimos de las recientes construcciones y miramos solamente la parte que se agrupa al amparo del Castillo, notaremos rancie-dumbre en su color. Destaca su amarillo legendario del resto de la ciudad. Es una tonalidad que sólo los años dejan reflejada en las cosas. Esta vetusta parte hace juego con el río. Quizás porque brillaron juntos en otra época, cuando el Vinalapó, lleno de lozanía, traía abundantes aguas, y el Castillo, de enérgica y noble bazaría, era albergue de princesas. Levantaba entonces este río dulces y lastimeros murmullos, cual trovador que canta con ardoroso acento, ante la recia almena que custodia a su amada...

El transcurso de los tiempos ha cambiado lo que ha sido un romántico panorama, y la civilización ha truncado lo que constituyó un idilio feliz. Pues un mal día manos sacrílegas arrancaron los bellos y costosos artesonados de nuestra fortaleza. Dicen lenguas impías que nuestro río pereció de dolor; dolor al ver desaparecer aquellos altivos torreones desafiantes y orgullosos; dolor al contemplar, deshechos en laceradas ruinas, los muros que guardaron tanta historia; y dolor al fin por creer — cuentan — que Elda tampoco sobreviviría. Sin embargo, hoy Elda vive; vive y, lo que es más, prospera con su poderosa industria. El febril canto de sus máquinas suple en el valle las sentidas trovas que cantara el río... El pobre y desencajado río que la otra tarde ví desde la magnífica atalaya de Bateig, y cuyos brazos, descarnados y escuálidos, se ciñen fuertemente a la ciudad soñada. Apretado abrazo que resume el último recuerdo de las olvidadas nostalgias del pasado.



Metempsychosis

(CONCLUSION)

por JUAN MADRONA

TODAVIA bajo los efectos de su alucinación impresionante, mi pobre amigo prosiguió así su relato:

«Aquellos hombres extraños, de cutis fino, alegres vestiduras y complicadas cabelleras en artísticos bucles, llegaban a nuestro valle siguiendo el curso suave del Vinalapó. Les pareció hermosa nuestra tierra, con la dulce y liviana hermosura de las promesas que empiezan a cumplirse.

«Era en el mes que ellos llamaban Anthesterion; cuando los frutales ya muestran la realidad de sus frutos en agraz; cuando en las tierras hay un pleno de verdes tonalidades impocientes, y en las colinas un trepar jubiloso de tomillos florecidos bajo un sol fanfarrón que va encendiendo farolillos de oro en todas las aristas de las piedras.

«Desde la cumbre de Bolón rimos cómo la vistosa caravana precedida por los sacerdotes y por los flautistas, se adentraba en nuestras tierras, hasta detenerse junto a la curva con que el río quiere abrazar a la montaña que nosotros llamamos La Torreta.

«Pronto hubo allí un pacífico poblado de aquellas gentes traficantes y soñadoras, que llenaron los limpidos aires levantinos con el incienso invisible de sus alegres mitologías y con el bullicio afanoso de sus negocios.

«Nuestro valle perdió su quietud milenaria. Largas teorías de aquellas gentes amables arañaban hora tras hora las próximas colinas, extrayendo suave arcilla con la que luego modelaban una infinita variedad de exquisitos vasos, cuyos restos ha venido arrastrando, siglo a siglo, nuestro viejo Vinalapó. Y un día, como amable centinela de las tierras desprevenidas, surgió sobre lo alto de la montaña una extraña flor de piedra, un bello templo que se erguía con gracia de ciprés, poniendo en el terso azul del horizonte la rúbrica de su elegancia, tan sugestiva, tan bella, que parecía como si una dulce musicalidad emanara de sus candidas piedras albeantes».

* * *

Guardó mi amigo un breve silencio, como queriendo degustar el embeleso de un grato recuerdo, que le rebosaba en mieles de interior armonía. Luego prosiguió.

«Yo me ví entre aquellos hombres de trato amistoso, que sabían embellecer la existencia con alardes de fantasía desbocada. Las piedras ya no eran piedras; el río ya no era una estólida corriente de agua; los árboles no eran ya mudos vegetales clavados en la tierra inerte. No. Al soplo genial de aquel pueblo todo palpité lleno de poesía y de vida. Las colinas fueron ninfas oréades, que jugaban entre sí en un sabio encantamiento. El río se hizo femenino, y fue una náyade temblorosa de adolescencia virginal. En cada árbol, en cada piedra, en cada soplo del viento que pasaba, sensitivo y emocionado, nosotros veíamos la sonrisa de una divinidad protectora. Y era bella nuestra existencia,

y eran incesantes las ofrendas que llevábamos a nuestro templo en lo alto de la colina, donde nuestros dioses mayores moraban en un nimbo de amable beatitud.

«Pero una noche... Sonaron cuernos de alarma por todo el valle estremecido, e incendiaron el cielo fantásticas hogueras encendidas en lo alto de lo que ahora llamamos Santa Bárbara, donde había una de las fumosas torres que luego se llamaron «torres Hannibalis». La presencia de un peligro inminente había encendido en la cumbre aquellas trágicas luminarias de alarma. Nuevas gentes extrañas llegaban amenazantes e incontenibles. Por vez primera los gritos de guerra desgarraban la suave virginidad de nuestra tierra. Y ya no hubo paz en el valle. Eran bestiales y odiosos aquellos hombres púnicos que llegaban con inhumano despotismo, y cuyo látigo había de restallar durante cien años de horror y de muerte sobre las carnes mordidas de nuestro paisaje martirizado.

«También ahora, y acaso más que antes, llegaban al templo de los dioses las ofrendas volutas; pero eran ofrendas abominables, manchadas por la sangre la guerra y por el hollín de la rapiña.

«Los viejos moradores de las cavernas milenarias y los artifices de la pequeña urbe junto al río odiaban a los crueles advenedizos. Y un día fuimos a Illice, la egregia, para herirles allí de muerte con el furor de los toros de testículos ardid; y una y mil veces nos revolvímos en sacudidas desesperadas contra aquellas gentes que habían turbado para siempre nuestra inocente beatitud.

«Pero nada pudimos contra ellos. Su orgullo y su despotismo fueron ciclones de horror sobre la candidez de nuestro vivir ingenuo. Hasta que un día, con estruendo de trompas y brillo de aceros impacientes, llegaron al valle unos emisarios, reclutando hombres para nuevas guerras en lejanos países. ¡La guerra! ¡Sólo la guerra!... Y con promesas primero, con amenazas después, y con feroces trallazos al fin, todos los hombres fuimos arrastrados a la turbonada de un ejército que había de ser conducido a muy lejanas tierras por un genio de la guerra, cuyo nombre, Hannibal, pronunciaban los emisarios con un respeto fanático.

«Salimos estallando de rabia hacia las altas tierras frías, dejando atrás la graciosa silueta de nuestro templo y un reguero de amables recuerdos, que nunca ya volveríamos a revivir.

«Una nube de desolación y de abandono se extendió por el valle prodigioso. En las gradas de Bolón se refugiaron con sus niños, tímidos y llorosos, algunas mujeres, que pronto hubieron de seguir tras de nosotros, dejando en las cumbres nuestros dioses familiares, nuestras creencias religiosas, nuestros parvos ajuares domésticos, en espera secular de esos hombres que llaman arqueólogos.

«Mientras allá en la lejanía, trizando pasmados meridianos, avanzaba, también hacia estas tierras, una selva de roncacas trompetas belicosas bajo el signo de hierro de un águila imperial».

* * *

Vi que mi amigo Verdú sufría con un dolor casi físico al evocar las extrañas alucinaciones sufridas en las entrañas de Bolón aquella tarde de monas, y no quise que prosiguiera su relato. Le pregunté tan sólo:

—¿Volverías a entrar en la cueva?

—Sí. Volveré. Claro es que con mayores precauciones para no sufrir nuevos desvanecimientos. Pero volveré. A ver si, despierto, encuentro los vestigios de lo que siguió acuso a mis visiones delirantes.

* * *



POEMA DE LA VICTORIA

¡Cante todo! ¡Riscos, montes, nubes, arroyos y cielo!
¡Cante la gloriosa España la libertad de su suelo!
¡Cante todo en altos himnos la victoria de la Cruz!
Hecatombe hay en los cielos, eclipse de medias lunas.
Húndense en el acre polvo ecos de guzlas, morunas
y toda Iberia se inunda de nueva y celestial luz.

Ocho siglos tenebrosos que las hordas de la Hircania
crismaron de medias lunas los caminos de la Hispania,
ofrendando sus banderas a la luz de nuestro sol.

Mas retumba en las almenas ronco grito de victoria;
son los cristianos que escriben con sus espadas la Historia,
la historia noble y gloriosa del gran solar español.

Del Guadalete la ofensa su respuesta halló en Granada,
y entre un nombre y otro nombre llora España desgarrada,
añorando la arribada de su cristiano adalid.

Humillada su soberbia por la gesta castellana,
como mujer temblorosa, vibra España musulmana
y palpitante se ofrece a su vencedor, el Cid.

¡Vuelve, moro, a tus desiertos! No añores ya las delicias
del paraíso cristiano; pues si retornar codicias
no podrás hacer esclava a la ibérica nación.

Que si hubo un Don Rodrigo, de nuestra historia man-
ejércitos de Pelayos —recias piedras de Castilla— (cilla,
ahogarían en tu sangre tu desatada ambición.

Hoy retornan con la Fiesta, los Moros y los Cristianos.
(Nos traen ecos de romances de aquellos tiempos lejanos
y añoranzas desbocadas de un pasado evocador).

Truena el Valle en estampidos -bodas de pólvora y aire-
Van pasando las comparsas con lujo, gracia y donaire;
salta y brilla en las banderas, —rey absoluto—, el color.

Nuevamente los castillos, bufas moles de madera,
saben de fieros asaltos de la morisma altanera
y conocen la amargura de la negra rendición.

Pero su poder es breve, pues rehechos los cristianos,
abren surcos de laureles con ensangrentadas manos
y tremolan en las torres su victorioso pendón.

Y la Fiesta así termina y simbólica nos muestra
que siempre estará la Cruz, tras de la lucha siniestra,
elevada, vencedora, del mundo en el torreón.

ALBERTO NAVARRO